

El significado de la frontera en la historia americana¹

Frederick Jackson Turner

En un reciente boletín del Superintendente del Censo de 1890 aparecen estas significativas palabras: “Hasta 1880 incluido, el país tenía una frontera de colonización provisional, pero ahora, una vez repartida en lotes el área no colonizada, a penas se puede hablar de una línea fronteriza. Por lo tanto, la discusión de su extensión, de su desplazamiento hacia Occidente, etc., ya no puede tener cabida en los informes referentes al censo.” Esta breve declaración oficial señala el fin de un gran movimiento histórico. Hasta hoy, la historia americana ha sido en una gran medida la de la colonización del Gran Oeste. La existencia de una zona de tierras libres, de su continua recesión y del avance hacia el Oeste de la colonización, explican el desarrollo de la nación americana.

Tras de las instituciones y de las modificaciones y formas constitucionales se encuentran las fuerzas vitales que dan vida a esos organismos y los modelan para enfrentarse con condiciones cambiantes. La peculiaridad de las instituciones americanas radica en el hecho de que se han visto obligadas a adaptarse a los cambios de un pueblo en expansión, a los cambios que lleva consigo cruzar un continente, conquistar tierras salvajes y pasar en cada zona de ese proceso de unas condiciones económicas y políticas primitivas a las complejidades de la vida ciudadana. Calhoun decía en 1817: “Somos grandes y –casi me da miedo decirlo— ¡crecemos rápidamente!”². Con esas palabras delineaba la característica distintiva de la vida americana. Todos los pueblos ponen de manifiesto un desarrollo; la teoría política de los gérmenes ha sido puesta de relieve suficientemente. Sin embargo, en el caso de la mayoría de las naciones, el desarrollo se ha producido en un área limitada; y si la nación ha experimentado un proceso de expansión ha encontrado a otros pueblos en fase evolutiva en su camino y los ha conquistado. Pero en el caso de los Estados Unidos nos encontramos con un fenómeno diferente. Limitando nuestra atención a la costa atlántica, vemos el acostumbrado fenómeno de la evolución de instituciones en una zona limitada, tales como el desarrollo del Gobierno representativo, la diferenciación del simple Gobierno colonial en organismos complejos y el paso desde la primitiva sociedad industrial, sin división de trabajo, a la civilización industrial de primer orden. Pero además de esto, observamos una repetición del proceso de evolución en cada zona occidental alcanzada en el proceso de expansión. Así pues, el desarrollo americano no ha representado meramente un adelanto a lo largo de una línea única, sino un retorno a condiciones primitivas en una línea fronteriza continuamente en movimiento hacia

delante, con un nuevo desarrollo en esa zona. El desarrollo social americano ha estado recommenzado continuamente en la frontera. Ese renacimiento perenne, esa fluidez de la vida americana, esa expansión hacia el Oeste con sus nuevas oportunidades y su contacto continuo con la simplicidad de la sociedad primitiva, proporcionan las fuerzas que dominan el carácter americano. El verdadero punto de vista en la historia de esta nación no es la costa atlántica, sino el Gran Oeste. Incluso la lucha por la abolición de la esclavitud, que ha constituido tan exclusivo objeto de atención por parte de escritores como el profesor Von Holst, ocupa un papel importante en la historia americana precisamente por su relación con la expansión hacia el Oeste.

En ese avance, la frontera es el borde exterior de la ola, el punto de contacto entre la barbarie y la civilización. Mucho se ha escrito sobre la frontera desde el punto de vista de la guerra en ella desarrollada y de la caza, pero se ha pasado por alto la importancia que presenta como campo de estudio serio por parte del economista y del historiador.

La frontera americana se distingue claramente de la europea, que es una línea fronteriza fortificada que corre a través de territorios densamente poblados. El elemento más importante de la frontera americana es el hecho de que va por el límite de las tierras abiertas a la expansión. En los informes del Censo se la considera como el margen de una comunidad de colonos con una densidad de dos o más habitantes por milla cuadrada. El término es elástico, y para el objeto que nos proponemos no necesita una definición precisa. Consideramos toda la faja fronteriza, incluyendo al país habitado por los indios y el margen externo del "área colonizada" de los informes del censo. Este ensayo no pretende tratar exhaustivamente el tema; aspira simplemente a llamar la atención sobre la frontera como campo fértil para la investigación y sugerir algunos de los problemas que surgen en relación con ella.

En el proceso de formación de América debemos observar como entró en el Continente la vida europea y como América modificó y desarrolló esa vida y reaccionó sobre Europa. Nuestra historia primitiva es el estudio del desarrollo de los gérmenes europeos en el medio ambiente americano. Los estudiosos de cuestiones institucionales han prestado demasiada atención a los orígenes germánicos y demasiado poca a los factores americanos. La frontera es la línea de americanización más rápida y efectiva. La tierra virgen domina al colono. Este llega vestido a la europea, viaja a la europea y europeos son su manera de pensar y las herramientas que utiliza. La tierra virgen le saca del coche de ferrocarril y le mete en la canoa de abedul. Le quita los vestidos de la civilización y le hace ponerse la zamarra del cazador y los mocasines. Le hace vivir en la cabaña de troncos de los cherokees y de los iroqueses y construir en torno a ella una empalizada india. No pasa mucho tiempo sin que el colono siembre maíz y

sin que labre la tierra con un palo aguzado; lanza el grito de guerra y arranca el cuero cabelludo en el más puro y ortodoxo estilo indio. En una palabra, el medio ambiente de la frontera resulta al principio demasiado duro para el hombre blanco. Este debe aceptar las condiciones que le impone si no quiere perder y por lo tanto se instala en los calveros indios y sigue las pistas indias. Poco a poco va transformando la tierra salvaje, pero el resultado no es la vieja Europa, ni sencillamente el desarrollo del germen germánico ni un caso de reversión a la antigua marca germánica. El hecho es que surge un nuevo producto que es americano. Al principio, la frontera era la costa atlántica. Era la frontera de Europa en un sentido muy real. Al moverse hacia el Oeste, la frontera se hizo cada vez más americana. Del mismo modo que de sucesivas glaciaciones resultan morrenas terminales, así también cada frontera deja su huella tras ella, y cuando la región se convierte en zona colonizada, sigue participando de las características de frontera. Así pues, el avance de la frontera ha significado un continuo alineamiento de la influencia de Europa, un firme crecimiento de independencia según líneas americanas. El estudio de ese avance y de los hombres que vivieron bajo aquellas condiciones así como de los resultados económicos y políticos que produjo, equivale a estudiar la parte realmente americana de nuestra historia.

En el transcurso del siglo XVII, la frontera fue subiendo por los ríos que vierten en el Atlántico, llegando hasta más allá de “fall line” o “línea de las cascadas”, y la región de los cursos de agua afectados por las mareas se convirtió en zona colonizada. En la primera mitad del siglo XVIII tuvo lugar otro avance. Los traficantes siguieron a los indios Delawares y Shawnees hasta el Ohio ya a fines del primer cuarto de aquel siglo.³ Spotswood, gobernador de Virginia, efectuó en 1714 una expedición a través del Blue Ridge. El final del primer cuarto de siglo vio el avance de los escoceses e irlandeses y de los alemanes del Palatinado por el valle del Shenandoah hacia la parte occidental de Virginia y a lo largo de la región del Piedemonte de las Carolinas.⁴ Los alemanes de la colonia de Nueva York adelantaron la frontera por el Mohawk hasta German Flats.⁵ En Pennsylvania, la ciudad de Bedford indica la línea de colonización. Pronto se alzaron establecimientos en el New River, el Great Kanawa y en las fuentes del Yadkin y del French Broad.⁶ El rey intentó detener el avance con su proclama de 1763⁷, prohibiendo establecimientos mas allá de las fuentes de los ríos que vierten en el Atlántico; pero en vano. En el periodo de la Revolución la frontera cruzaba los Alleghanis y entraba en Kentucky y en Tennessee, y se colonizó el curso superior del Ohio.⁸ Cuando se hizo el primer censo en 1790, la zona colonizada de una manera continua estaba limitada por una línea que pasaba cerca de la costa de Maine, e incluía a nueva Inglaterra excepto una porción de Vermont y de New Hampshire, a New York a lo largo del Hudson y al Mohawk hasta Schenectady, a Pennsylvania oriental y meridional, a Virginia, bastante más allá del Valle del

Shenandoah y a las Carolinas y Georgia oriental.⁹ Más allá de esa zona de colonización continua se encontraban las pequeñas áreas colonizadas de Kentucky y Tennessee y del Ohio, con las montañas interpuestas entre ellas y la zona atlántica, dando así nuevo e importante carácter a la frontera. El aislamiento de la región aumentó sus tendencias peculiarmente americanas y la necesidad de la creación de transportes para enlazarla con el. Este dio lugar a proyectos importantes de mejora interna, de que después nos ocuparemos. El Oeste comenzaba a desarrollarse como “sección” con conciencia de sí misma.

Década tras década se fueron produciendo avances de la frontera. En el censo de 1820 ¹⁰, el área colonizada incluía a Ohio, Indiana meridional e Illinois, Missouri sudoriental y alrededor de la mitad de Luisiana. Esta zona colonizada había rodeado territorios indios y las relaciones con esas tribus llegaron a ser objeto de interés político. La región fronteriza de entonces se extendía bien a lo largo de los Grandes Lagos, en donde una compañía peletera, la Astor’s American Fur Company, traficaba con los indios¹¹, y más allá del Mississippi, en donde los que traficaban con los indios extendieron su actividad incluso hasta las Montañas Rocosas; también Florida presentaba una situación fronteriza. La región del río Mississippi era teatro de una típica colonización fronteriza.¹²

El comienzo de la navegación a vapor ¹³ en las aguas occidentales, la apertura del canal del Erie y la extensión hacia el Oeste del cultivo del algodón ¹⁴ añadieron cinco Estados fronterizos a la Unión en aquel periodo. Grund escribía en 1836: “Resulta evidente, por lo tanto, que la tendencia universal de los americanos a emigrar hacia las tierras vírgenes del Oeste para ampliar su dominio sobre la naturaleza inanimada, es el resultado real de un poder expansivo a ellos inherentes y que, al agitar continuamente a todas las clases de la sociedad, lanza de un modo constante a una gran parte de la población total a los confines extremos del Estado con objeto de ganar espacio para su desarrollo. Apenas se ha constituido un nuevo Estado o territorio cuando el mismo principio vuelve a manifestarse de nuevo y da lugar a otra emigración; y así sigue sucediendo, hasta que, por ultimo, una barrera física detiene la progresión”.¹⁵

A mediados de aquel siglo, la línea indicada por el actual límite oriental del territorio indio, Nebraska y Kansas señalaba la frontera con el país indio.¹⁶ Minnesota y Wisconsin todavía presentaban condiciones de frontera¹⁷, pero la frontera característica en aquel tiempo se encuentra en California, en donde los descubrimientos de oro habían producido una marea repentina de mineros aventureros: también podía observarse en Oregon y en los establecimientos de Utah ¹⁸. Del mismo modo que la frontera había saltado sobre los Alleghanys, ahora sobrepasaba las Grandes Llanuras y las Montañas Rocosas; y de la misma forma que el avance de los *frontiersmen* (los “adelantados” que vivían en la frontera) había provocado importantes cuestiones de transporte y de mejoras internas, así también los colonos situados

mas allá de las Montañas Rocosas necesitaban medios de comunicación con el Este. Cuando se establecieron esos medios se produjo la colonización de la Grandes Llanuras y el desarrollo de una nueva clase de vida fronteriza. Los ferrocarriles, favorecidos por las concesiones de tierras, lanzaron una creciente marea de inmigrantes hacia el Oeste lejano. El ejército de los Estados Unidos sostuvo una serie de guerras con los indios en Minnesota, Dakota y en el Territorio Indio.

En 1880, la zona colonizada había alcanzado el Michigan septentrional, Wisconsin y Minnesota, los ríos de Dakota y la región de los Black Hills, y ascendía por los ríos de Kansas y de Nebraska. El desarrollo minero en Colorado había dado lugar a establecimientos fronterizos aislados en aquella región, y Montana Idaho estaban recibiendo colonos. La frontera se encontraba en esos campos mineros y en los ranchos de la Grandes Llanuras. El superintendente del censo de 1890 manifiesta, según antes hemos dicho, que los establecimientos del Oeste están tan diseminados por toda la región que ya no puede hablarse de una línea fronteriza.

En esas sucesivas fronteras encontramos líneas limítrofes naturales que han servido para señalar y modificar las características de las fronteras es decir, la “línea de las cascadas”, las montañas de los Alleghanis; el Mississippi; el Missouri, en donde su dirección va sensiblemente de Norte a Sur; la línea de las tierras áridas, aproximadamente en el meridiano 99; y las Montañas Rocosas. La “línea de las cascadas” constituyó la frontera del siglo xvii; los Alleghanys, la del xviii; el Mississippi, la del primer cuarto del xix; el Missouri, la de la mitad de ese siglo (sin contar el movimiento hacia California); y el cinturón de las montañas Rocosas y la zona árida, la frontera actual. Cada una de ella fue conseguida por medio de una serie de guerras con los indios.

En la frontera atlántica se pueden estudiar los gérmenes de procesos repetidos en cada frontera sucesiva. Vemos que la compleja vida europea es precipitada bruscamente por las condiciones de la vida en las tierras vírgenes a la simplicidad de las condiciones primitivas. La primera frontera tuvo que enfrentarse con su cuestión india, con la de la disposición de las tierras públicas, con los medios de comunicación y de relación con otros establecimientos, con la extensión de la organización política y de la actividad religiosa y educativa. La solución de estas cuestiones y de otras similares en una frontera servía de guía para la próxima. El estudioso americano no necesita remontarse a los “pequeños y afectados villorrios del Schleswig” para encontrar ejemplos de la ley de la continuidad y del desarrollo. Por ejemplo, puede estudiar el origen de nuestros sistemas de propiedad rústica en el sistema de propiedad colonial; podrá observar como fue desarrollándose ese sistema mediante la adaptación de los estatutos a las costumbres de las sucesivas fronteras.¹⁹ Podrá ver como la experiencia minera en las regiones de

yacimientos de plomo de Wisconsin, Illinois e Iowa fue aplicada a las leyes mineras de las “Sierras”²⁰, y como nuestra política con respecto a los indios ha sido una serie de experimentaciones en fronteras sucesivas. Cada serie de Estados nuevos ha encontrado en los más antiguos material para sus constituciones.²¹ Cada frontera ha prestado una contribución similar al carácter americano, como después expondremos.

Pero a pesar de todas esas analogías hay diferencias esenciales debidas a dos elementos: al lugar y al tiempo. Es evidente que la frontera agrícola del valle del Mississippi presenta condiciones diferentes de las imperantes en la frontera minera de las Montañas Rocosas. La frontera alcanzada por el Pacific Railroad, objeto de levantamientos topográficos, protegida por el Ejército de los Estados Unidos y reforzada por la llegada diaria de emigrantes, se mueve hacia adelante a un paso más rápido y de un modo diferente que la frontera alcanzada por la canoa de abedul o el caballo de carga. El geólogo traza pacientemente las orillas de mares antiguos, hace planos de la extensión que ocuparon y compara las costas viejas con las nuevas. Sería una labor digna del historiador señalar esas diversas fronteras y compararlas detalladamente unas con otras. Con ello no solo se obtendría una concepción más adecuada del desarrollo y características de la nación americana, sino también adiciones de incalculable valor para la historia de la sociedad.

El economista italiano Loria ha aconsejado el estudio de la vida colonial como ayuda para comprender las fases del desarrollo europeo, afirmando que el establecimiento colonial es a la ciencia económica lo que la montaña es a la geología cuando saca a la luz las estratificaciones primitivas. “América —dice— posee la clave del enigma histórico que Europa ha buscado en vano durante siglos, y el país que no tiene historia revela luminosamente el curso de la historia universal”.²²

Hay mucho de verdad en esas palabras. Los Estados Unidos se presentan como una página enorme en la historia de la sociedad. Cuando leemos línea tras línea esa página continental de Este a Oeste nos encontramos con el testimonio de una evolución social. Empieza con el indio y con el cazador; continúa explicando la desintegración de la barbarie mediante la aparición del mercader, que es quien encuentra el sendero de la civilización; leemos los anales de la fase pastoril en la vida del rancho; la explotación del suelo mediante el cultivo sin rotación del maíz y del trigo en comunidades agrícolas ampliamente diseminadas; el cultivo intensivo de los establecimientos agrícolas más poblados, y, por último, la organización industrial de las ciudades y de las fábricas.²³

Esa página es familiar para los estudiosos de estadísticas censales, pero ha sido utilizada muy poco por nuestros historiadores. Especialmente en los Estados Orientales, esa página es como un

palimpsesto. Lo que es ahora un Estado industrial era la década anterior una zona de cultivos intensivos. Antes había sido una zona triguera y más anteriormente todavía el “range”, la tierra de pastos, que atraía al ganadero. Así, por ejemplo, Wisconsin, que se desarrolla como Estado industrial es rico en diversos aspectos agrícolas. Pero antes se dedicaba casi exclusivamente al cultivo de cereales, como lo hace hoy Dakota del Norte.

Cada una de esas regiones ha tenido influencia en nuestra historia política y económica; la evolución de cada una de ellas en una fase más elevada ha traído como consecuencia transformaciones políticas. Pero, ¿qué estudioso constitucional ha intentado interpretar adecuadamente los hechos políticos a la luz de esas áreas y de esos cambios sociales? ²⁴

La frontera atlántica se componía de pescadores, traficantes en pieles, mineros, ganaderos y agricultores. Con excepción de la pesca, cada tipo de industria estaba en marcha hacia el Oeste impulsado por una irresistible atracción. Cada uno de esos tipos pasó en oleadas sucesivas a través del continente. Detengámonos en Cumberland Gap y contemplemos la procesión de la civilización, que marcha en columna de a uno —el búfalo que sigue la pista que va hacia las fuentes de agua salada, el Indio, el traficante en pieles y cazador, el colono adelantado— y la frontera ha pasado y se desplaza hacia adelante. Situémonos en South Pass, en las Rocosas, un siglo después y veremos la misma procesión con intervalos mayores entre sus elementos. La velocidad desigual del avance nos obliga a distinguir entre la frontera del traficante, la del rancharo, la del minero y la del agricultor. Cuando las minas y los cercados para las vacas estaban todavía cerca de la “línea de las cascadas”, las caravanas de acémilas de los traficantes hacían oír sus campanillas a través de los Alleghanis, y los franceses de los Grandes Lagos fortificaban sus puestos, alarmados por la canoa de abedul del comerciante británico. Cuando los tramperos escalaron las Rocosas, el agricultor estaba todavía cerca de la desembocadura del Missouri.

¿Por qué atravesó tan rápidamente el continente el que traficaba con los indios? ¿Qué efectos trajo consigo la frontera del traficante? El comercio se desarrolló contemporáneamente al descubrimiento de América. Los escandinavos, Vesputcio, Verrazano, Hudson, John Smith, todos traficaron en pieles. Los peregrinos de Plymouth se establecieron en tierras indias productoras de maíz y su primer cargamento de retorno estaba constituido por pieles de castor y madera. Los documentos que tratan de las diversas colonias de Nueva Inglaterra ponen de manifiesto la forma continua en que se llevó a cabo la exploración por los traficantes en las tierras vírgenes. Y esto puede aplicarse, todavía con mayor razón, al resto de las colonias. Todo a lo largo de la costa, desde Maine a Georgia, el tráfico con los indios abrió el curso de los ríos. Constantemente, el traficante se adentraba hacia el Oeste, siguiendo las viejas rutas del comercio

francés. El Ohio, los Grandes Lagos, el Mississippi, el Missouri y el Platte —ejes de avance hacia occidente— fueron recorridos por los traficantes. Descubrieron los pasos de las Montañas Rocosas y guiaron a Lewis y a Clark ²⁵, a Fremont y a Bidwell. La explicación de la rapidez de ese avance se relaciona con los efectos del tráfico sobre los indios. La factoría dejaba a las tribus desarmadas a la merced de aquellas que habían comprado armas de fuego —verdad que los indios iroqueses escribieron con sangre— y por ello las tribus más remotas y menos visitadas eran las que más ansiaban recibir al traficante. “Los salvajes”, escribía La Salle, “nos hacen objeto de más atenciones a los franceses que a sus propios hijos, pues, sólo nosotros podemos proporcionarles armas y mercancías”. Esto explica el poderío del traficante y la rapidez de su avance. Así entraron en las tierras vírgenes las fuerzas desintegradoras de la civilización. Cada valle, cada pista india, se convirtió en una fisura de la sociedad india, de tal manera que esa sociedad fue adquiriendo la estructura de un panal. Mucho antes de que aparecieran en escena los primeros colonos, la vida india primitiva ya había dejado de existir. Los campesinos se encontraron con indios armados de fusiles. La frontera comercial, al mismo tiempo que minaba el poder de los indios haciendo a las tribus dependientes en última instancia de los blancos, mediante la venta de armas de fuego, dio al indio un aumento de poder de resistencia contra la frontera agrícola. La colonización francesa estaba dominada por su frontera comercial, y, la inglesa, por la frontera agrícola. Había un antagonismo entre las dos fronteras como entre las dos naciones. Duquesne decía a los iroqueses: ¿No sabéis la diferencia que existe entre el rey de Inglaterra y el rey de Francia? Id a ver los fuertes que nuestro rey ha establecido y veréis que podéis cazar al pie mismo de sus muros. Han sido erigidos para protegeros en los sitios que frecuentáis. Los ingleses, por el contrario, apenas entran en posesión de un sitio, acaban con la caza. La selva cae ante ellos conforme avanzan y la tierra queda desnuda de forma tal, que ni siquiera podéis encontrar en ella algo con que construir un albergue para pasar la noche.

Y, sin embargo, a pesar de esta oposición entre los intereses del traficante y del agricultor, el comercio con los indios preparó el camino de la civilización. La pista del búfalo se convirtió en pista del indio y después en el sendero del traficante; estos senderos se convirtieron en carreteras, y las carreteras en autopistas, desdobladas por vías de ferrocarril. El mismo origen tienen los ferrocarriles del Sur, del lejano Oeste y del dominio del Canadá.²⁶ Las factorías comerciales a que conducían esas pistas estaban situadas en pueblos indios asentados en lugares impuestos por la naturaleza; dominaban la red hidrográfica del país y se han convertido en ciudades como Albany, Pittsburg, Detroit, Chicago, St. Louis, Council Bluffs y Kansas City. Así, pues, la civilización ha seguido, en América, las arterias geológicas, derramando por ellas una marea cada vez más rica, de forma que los tenues senderos trazados por los

aborígenes se han ensanchado y entrecruzado hasta formar los complejos laberintos de las líneas comerciales modernas; las antiguas tierras vírgenes han sido cruzadas por líneas de civilización cada vez más numerosas. Es algo así, como un continuo crecimiento de un complicado sistema nervioso en un continente primitivamente simple e inerte. Si queremos comprender por qué somos hoy en día una nación y no una colección de estados aislados, deberemos estudiar esa consolidación económica y social del país. En ese progreso encontrará temas de estudio quien se dedique a investigar la teoría de la evolución.²⁷

Es importante el efecto de la frontera india como factor de consolidación en nuestra historia. Desde fines del siglo xvii se celebraron varios congresos intercoloniales para discutir la forma de tratar a los indios y el establecimiento de medidas de defensa comunes. El particularismo era más intenso en las colonias que no tenían frontera india. Esa frontera se extendía a lo largo de los confines occidentales como un lazo de unión. El indio era un peligro común que exigía una acción unida. La más famosa de esas conferencias fue el Congreso de Albany, de 1754, convocado para tratar con las seis naciones y para estudiar planes de unión. Dando solo una ojeada al plan propuesto por el congreso, nos daremos cuenta de la importancia de la frontera. Los poderes del Consejo General y de los funcionarios, consistían, principalmente, en la decisión de mantener la paz o de ir a la guerra con los indios, en la regulación del comercio con los indios, en la compra de tierras indias y en la creación y gobierno de nuevos establecimientos, como medida de seguridad contra los indios. Es evidente que las tendencias unificadoras del periodo revolucionario se vieron facilitadas por la cooperación previa en la regulación de la frontera. A este respecto, se puede considerar la importancia de la frontera, desde entonces hasta ahora, como escuela de adiestramiento militar, que mantenía vivo el poder de resistencia a la agresión y desarrollaba las rudas y esforzadas cualidades del hombre de la frontera.

Dentro de los límites de este ensayo no es posible trazar las demás fronteras que cruzaran el continente. Los viajeros del siglo xviii pudieron ver cercados de vacas entre los cañaverales y algarrobos del Sur, y los vaqueros llevaban sus hatos a Charleston, Filadelfia y Nueva York.²⁸ Al terminar la guerra de 1812, los viajeros se encontraron con ganados de más de mil cabezas y piaras de cerdos que desde el interior de Ohio iban a Pennsylvania a engordar para ser presentados en el mercado de Filadelfia.²⁹ Los pastizales de las grandes llanuras, con sus ranchos, sus *cowboys* y su vida nómada, son cosas de ayer y de hoy. La experiencia de las vacadas de Carolina, sirvió de guía a los rancheros de Texas. Un elemento que favorece la rápida extensión de la frontera del rancho es el hecho que en un país remoto carente de medios de transporte la producción debe ser de pequeña entidad o capaz de transportarse por sí misma, y

el ganadero podía llevar fácilmente sus productos al mercado. Convendría estudiar el efecto de esos grandes ranchos sobre la historia agraria posterior de las localidades en que existieron.

Los mapas de los informes del censo ponen de manifiesto un avance desigual de la frontera del agricultor con puntas de flecha dirigidas hacia adelante y penetraciones en las tierras solitarias y sin cultivar. Ello es debido, en parte, a la resistencia opuesta por los indios, a la situación de los valles de los ríos y de los pasos y a la desigual fuerza de atracción de los centros fronterizos. Entre los centros de atracción más importantes, podemos mencionar las tierras fértiles y favorablemente situadas, los manantiales de agua salada, las minas y los fuertes guarnecidos por el ejército.

El fuerte fronterizo, que protegía a los colonos contra los indios, ha actuado también como cuña para penetrar en el país indio y ha sido un núcleo para la colonización.³⁰ A este respecto, debe hacerse mención de las expediciones militares y de exploración organizadas por el Gobierno para determinar las líneas de establecimiento de los colonos. Las expediciones más importantes tienen mucho que agradecer a los primitivos buscadores de pistas, a los guías indios, a los traficantes y a los tramperos, así como a los *voyageurs* franceses, que eran componentes inevitables de las expediciones gubernamentales desde los tiempos de Lewis y de Clark.³¹ Cada expedición era un epítome de los factores anteriores en el avance hacia Occidente.

En una interesante monografía, Victor Hehn ³², ha expuesto el efecto de la sal sobre el desarrollo de la Europa antigua, poniendo de relieve cómo afectó a las líneas de colonización y a la forma de administración. Un estudio similar podría hacerse con respecto a los manantiales de agua salada de los Estados Unidos. Los primeros colonos se veían ligados a la costa por la necesidad de sal, sin la cual no podían conservar sus alimentos ni vivir sin molestias. En 1752, el obispo Spangenburg decía, refiriéndose a una colonia para la que estaba buscando tierras en Carolina del Norte: “Tendrán necesidad de sal y de otras cosas necesarias que no podrán fabricar ni cultivar. Tendrán que ir a Charleston, que está a 300 millas. O bien, deberán ir a Boling’s Point en Virginia sobre un brazo del James y que también está a 300 millas de aquí ... O tendrán que ir Roanoke abajo –no sé por cuantas millas– hasta el lugar a donde se lleva la sal del Cape Fear”³³. Esto puede servirnos como ejemplo típico. Resultaba esencial efectuar una peregrinación anual a la costa en busca de sal. Todos los años, después de la siembra, los primeros colonos enviaban sus carros a la costa cargados con corderos, pieles o raíces de ginseng.³⁴ Aquello tenía una importante influencia educativa, ya que era casi el único medio por el que se enteraban los colonos de lo que ocurría en el Este. Pero cuando se descubrieron los manantiales de agua salada del Kanawha, del Holston y de Kentucky, y en la zona central del Estado de New York, el Oeste comenzó a liberarse de la

dependencia de la costa. El efecto del descubrimiento de esos manantiales fue lo que posibilitó, en parte, el que los colonos pudieran cruzar las montañas.

Desde el momento en que las montañas se interpusieron entre los primeros colonos y la orilla del Atlántico, surgió un nuevo orden de americanismo. El Oeste y el Este comenzaron a perder contacto. Los establecimientos instalados entre el mar y las montañas mantenían relación con la retaguardia y conservaban una cierta solidaridad. Pero el hombre situado al otro lado de las montañas, fue haciéndose cada vez más independiente. El Este adoptó un punto de vista restrictivo acerca del avance americano y casi perdió a aquellos hombres. La historia de Kentucky y de Tennessee, presenta abundantes testimonios de lo cierta que resulta esa afirmación. El Este empezó sus intentos de cercar y limitar la expansión hacia el Oeste. Aunque Webster declarase que los Alleghanis no entraban en su política, constituían un sólido factor en la política general.

La caza y explotación de los animales salvajes impulsó al cazador y al traficante hacia el Oeste; el mismo efecto produjo en el rancharo la explotación de los pastos, y la explotación de las tierras vírgenes de los valles de los ríos y de las praderas atrajo al agricultor. La tierra fértil ha sido el elemento de atracción más continuo de la frontera del agricultor. El hambre de tierras que sentían los habitantes de Virginia, les impulsó a seguir los ríos hasta Carolina en los primeros tiempos coloniales; la búsqueda de tierras llevó a los hombres de Massachussets a Pennsylvania y a New York. Conforme iban siendo ocupadas las tierras orientales la emigración las dejaba atrás en su camino hacia el Oeste. Daniel Boone, el gran *backwoodsman* (habitante de los bosques salvajes), que fue a la vez cazador, traficante, ganadero, campesino y agrimensor, al enterarse, probablemente por los traficantes, de la fertilidad de las tierras del curso alto del Yadkin en donde solían descansar los traficantes en su camino hacia el territorio indio, abandonó junto con su padre su hogar de Pennsylvania y, siguiendo el camino de Great Valley llegó a aquel río. Al comunicarle un traficante la gran riqueza en caza y pastos que poseía Kentucky, abrió el camino de aquella región a los agricultores. De allí pasó a la frontera de Missouri, en donde su establecimiento constituyó como un hito de la frontera. Allí ayudó también a abrir el camino de la civilización, descubriendo manantiales de agua salada, pistas y tierras cultivables. Su hijo fue uno de los primeros tramperos que llegaron a los pasos de las montañas rocosas y se dice que él y sus compañeros fueron los primeros que acamparon en el actual emplazamiento de Denver. Su nieto, el coronel A.J. Boone, de Colorado, gozaba de gran prestigio entre los indios de las Montañas Rocosas, y fue nombrado agente del Gobierno. La madre de Kit Carson era una Boone.³⁵ Esa familia compendia el avance del *backwoodsman* a través del continente.

El avance de los agricultores se produjo en una serie de oleadas sucesivas. En la *Nueva Guía para el Oeste*, de Peck, publicada en Boston en 1837, se lee este sugestivo pasaje:

“Por lo general en todos los establecimientos de colonos en el Oeste se han sucedido tres clases, una después de otra, como las olas del océano. Viene, en primer lugar, el *pioneer*, que depende, principalmente, para la subsistencia de su familia del crecimiento natural de la vegetación, esto es, del *range* o pastizal salvaje y del producto de la caza. Sus aperos agrícolas son toscos, generalmente contruidos por el mismo y sus esfuerzos se encaminan, principalmente, al cultivo del maíz y a mantener una rudimentaria huerta para obtener coles, habichuelas, maíz para asar las mazorcas, pepinos y patatas. Le basta con una cabaña de troncos, con el complemento, a veces, de un establo, un granero, un campo de una docena de acres y un recinto para los haces de leña que debe madurar. No le preocupa si alguna vez llegará a ser propietario del terreno en donde se ha asentado. Lo ocupa por el momento, no paga nada en arriendo y se siente tan independiente como un verdadero terrateniente. Con un caballo, una vaca y uno o dos cerdos se instala en el bosque con su familia y llega a ser el fundador de un nuevo condado, quizá de un Estado. Construye su cabaña, reúne en torno suyo a unas cuantas familias de gustos y costumbres similares a los suyos y permanece allí hasta que la zona está parcialmente colonizada y la caza se va haciendo escasa, o bien –y es el caso mas frecuente– hasta que los vecinos van siendo demasiado numerosos, los caminos, puentes y campos empiezan a fastidiarle y experimenta falta de espacio vital. La ley del derecho de preferencia le permite vender su cabaña y su campo de maíz a la nueva clase de emigrantes y, para emplear sus propias imágenes “busca un nuevo camino en el bosque”, “se larga para adquirir algo nuevo” y emigra a Arkansas o a Texas para repetir el mismo proceso.”

“La siguiente oleada de emigrantes compra las tierras, va rodeando sus campos, abriendo caminos tendiendo rudimentarios puentes sobre los cursos de agua, construyendo casas de troncos descortezados con cristales en las ventanas y chimeneas de ladrillo o piedra. A veces, planta huertas, construye molinos, escuelas, juzgados, etc. Todo eso presenta el cuadro y la forma de una vida sencilla, frugal y civilizada.”

“Llega otra oleada. Vienen los hombres de capital y de empresa. El colono está dispuesto a vender, aprovechándose de la subida del valor de las propiedades, y a lanzarse hacia el interior para convertirse, él también, en hombre de capital y de empresa. El pequeño pueblo se va convirtiendo en población grande e incluso en ciudad; pueden verse edificios consistentes de ladrillo, campos extensos, huertos, jardines, colegios e iglesias. Están en boga los tejidos finos de lana, las sedas, los sombreros de paja de ala ancha, los velos y toda clase de refinamientos, lujos, frivolidades y caprichos de la moda. Así

pues, una oleada tras otra va rodando hacia el Oeste; el verdadero El dorado siempre parece estar más adelante.”

“Una parte de los componentes de las dos primeras clases permanece fija en medio del movimiento general, mejora sus costumbres y condición y se eleva en la escala de la sociedad. El que escribe estas líneas ha viajado mucho entre la primera clase, entre los verdaderos pioneros. Ha vivido muchos años en relación con la segunda categoría; y ahora, la tercera oleada, se está extendiendo sobre grandes distritos de Indiana, Illinois y Missouri. La emigración ha llegado a ser casi un hábito en el Oeste. Pueden verse centenares de hombres, de menos de cincuenta años de edad, que se han establecido en sitios nuevos cuatro, cinco o seis veces. Venderlo todo y marcharse unos cuantos centenares de millas más allá forma parte de la variedad de vida y costumbres de los grandes bosques”.³⁶

Dejando aparte a aquellos primeros colonos impulsados solamente por un espíritu de aventura, el avance del campesino, más estable, es fácil de comprender. Evidentemente, el inmigrante se sentía atraído por las tierras baratas de la frontera, e incluso el agricultor nativo sentía su influencia fuertemente. Año tras año los campesinos que vivían de un suelo cuyo rendimiento disminuía a causa de la falta de rotación en los cultivos, veían como se les ofrecían, a precios irrisorios, tierras vírgenes de la frontera. Sus crecientes familias exigían más tierras y estas eran caras. La competencia de las tierras de la pradera, baratas, sin esquilmar y fácilmente laborables impulsó al campesino o a irse al Oeste y continuar esquilmando el suelo de una nueva frontera, o a adoptar el cultivo intensivo. Así, el censo de 1890 indica que en el Noroeste había muchos condados con un descenso de población absoluto o relativo. Aquellos Estados habían estado enviando campesinos para adelantar la frontera en las llanuras y habían empezado a practicar el cultivo intensivo y a dedicarse a la industria. Una década antes, se había observado la misma fase de transición en Ohio. La demanda de tierras y el amor de la libertad ofrecida por las tierras vírgenes llevaban la frontera cada vez más hacia delante.

Una vez que hemos esbozado a grandes rasgos las diferentes clases de fronteras y sus formas de avance, especialmente desde el punto de vista de la frontera en sí, vamos a ocuparnos de la influencia que ejerció sobre el Este y sobre el Viejo Mundo. No tengo tiempo más que para hacer una rápida enumeración de algunos de los efectos más notables.

Primeramente, observamos que la frontera promovió la formación de una nacionalidad compuesta en el pueblo americano. La costa era preponderantemente inglesa, pero las oleadas posteriores de inmigración continental se dirigieron rápidamente hacia las tierras libres. Así sucedió desde los primeros tiempos coloniales. Los escoceses-irlandeses y los alemanes del Palatinado o “Pennsylvania Dutch”,

constituían el elemento dominante de los habitantes de la frontera colonial. Con estas gentes figuraban también los siervos rescatados o *redemptioners* quienes a la expiración de su tiempo de servidumbre pasaban a la frontera. El Gobernador de Virginia, Spotswood, escribía en 1717: “Los habitantes de nuestras fronteras se componen, generalmente, de personas que han sido transportadas hasta aquí como siervos y que, una vez cumplido su tiempo de servicio se establecen donde hay tierras por ocupar y que producen lo necesario para vivir con poco trabajo”.³⁷ Casi ninguno de estos siervos emancipados era de origen inglés. En el crisol de la frontera los inmigrantes se americanizaban, se liberaban y fundían en una raza mixta, que no era inglesa ni por nacionalidad ni por sus características. Y el proceso ha continuado desde los primeros tiempos hasta los nuestros. Burke y otros escritores de mediados del siglo XVIII creían que Pennsylvania ³⁸, se veía “amenazada del peligro de ser totalmente extranjera en idioma, costumbres e incluso quizá en inclinaciones”. Sólo en la frontera del Sur eran menos importantes los elementos germánicos, escoceses e irlandeses. A mediados del siglo XIX el elemento germánico era tan importante en Wisconsin que eminentes publicistas consideraron la creación de un Estado germánico fuera de la mancomunidad en el que se concentrarían los colonos alemanes.³⁹ Tales ejemplos deben precavernos contra la errónea interpretación de que por el hecho de hablarse inglés en los Estados Unidos, el origen de la población es también inglés.

El avance de la frontera disminuyó nuestra dependencia de Inglaterra también en otro aspecto. La costa, especialmente la del Sur, carecía de industrias diversificadas y dependía de Inglaterra en el grueso de sus abastecimientos. Incluso el Sur dependía de las colonias del Norte en artículos de consumo alimenticio. El gobernador Glenn, de Carolina del Sur, escribe a mediados del siglo XVIII: “Nuestro comercio con Nueva York y Filadelfia se hacía de tal suerte que absorbía toda la moneda y todos los billetes de banco que obteníamos de otras fuentes. Lo gastábamos todo para adquirir pan, harina, cerveza, jamón, tocino y otros productos de aquellas ciudades. Ahora en cambio, todas esas cosas, excepto la cerveza, comienzan a ser producidas en nuestras nuevas comunidades, en donde se han establecido alemanes muy industriosos y florecientes. Esto, sin duda, disminuye el número de expediciones y el influjo de nuestro comercio, pero está muy lejos de constituir un perjuicio para nosotros”.⁴⁰ No pasó mucho tiempo sin que la frontera dejara de experimentar la necesidad de la intervención de los traficantes. Conforme se iba retirando de la costa era cada vez menos posible para Inglaterra proporcionar sus abastecimientos directamente al consumidor y llevarse cosechas de productos principales. Estos cultivos empezaron a dejar su puesto durante algún tiempo a otros de naturaleza más variada. El efecto de esta fase de la acción de la frontera sobre las zonas septentrionales puede comprenderse si pensamos que el avance

de la frontera hizo surgir ciudades costeras como Boston, Nueva York y Baltimore que compitieron en una rivalidad por conseguir aquello que George Washington llamó “el extenso y valioso comercio de un imperio naciente”.

La legislación que más desarrolló los poderes del Gobierno nacional y desempeñó el papel principal en su actividad, fue condicionada por la frontera. Por lo general, los autores se han ocupado de las cuestiones de las tarifas, de la tierra y de las mejoras internas como algo subsidiario a la cuestión de la esclavitud. Pero cuando se examine debidamente la historia americana se observará que la cuestión de la esclavitud no es más que un incidente. En el periodo que va desde el final de la primera mitad del siglo XIX hasta el final de la guerra civil, la esclavitud llegó a tener importancia primordial, pero en modo alguno exclusiva. Ello no justifica que el doctor Van Holst (para citar un ejemplo) tratara de una historia constitucional en su periodo de formación hasta 1828 en un solo volumen, dedicando en cambio seis principalmente a la historia de la esclavitud desde 1828 a 1861, bajo el título *Constitutional History of the United States*. El desarrollo del nacionalismo y la evolución de las instituciones políticas americanas dependían del avance de la frontera. Hasta un autor tan reciente como Rhodes en su *History of the United States since the Compromise of 1850* ha tratado de la legislación a que dio lugar el movimiento hacia el Oeste como de un incidente dentro de la lucha por la abolición de la esclavitud.

Es esa una perspectiva equivocada. El *pioneer* necesitaba a las mercancías de la costa, y por ello empezó la gran serie de mejoras internas y la legislación ferroviaria, con potentes efectos de impulsión del sentimiento nacional. Sobre las mejoras interiores se produjeron grandes debates en los que se discutieron graves cuestiones constitucionales. En las votaciones intervinieron grupos regionales, hecho que presenta una profunda significación para el historiador. La libertad se edificaba y crecía conforme la nación marchaba hacia el Oeste.⁴¹ Pero el Oeste no se contentaba con llevar el campo a la fábrica. Bajo la impulsión de Clay —*Harry of the West*— se aprobaron tarifas protectoras, con la consigna de llevar la fábrica al campo. La disposición de las tierras públicas fue un tercer e importante objeto de la legislación nacional influenciado por la frontera.

Las tierras de dominio público han constituido una fuerza de profunda importancia en la nacionalización y en el desarrollo del Gobierno. Los efectos de la lucha de los Estados poseedores y no poseedores de tierras, y de la ordenanza de 1787, no necesitan discusión.⁴² Administrativamente, la frontera provocó algunas de las más elevadas y vitalizadoras actividades del Gobierno general. La adquisición de la Luisiana fue quizá el punto crucial en la historia de la República, pues por un lado ofreció una nueva zona para legislación nacional y por otra dio ocasión a la caída de la política restrictiva.

Pero la adquisición de Luisiana fue provocada por necesidades y demandas fronterizas. Conforme los Estados fronterizos ingresaban en la Unión, aumentaba el poder nacional. En un discurso con motivo del descubrimiento de un monumento a Calhoun, Mr. Lamar afirmó: “En 1789 los Estados fueron los creadores del Gobierno Federal; en 1861 el Gobierno Federal fue el creador de una gran parte de los Estados.”

Cuando consideramos el patrimonio público desde el punto de vista de la venta y de la disposición de las tierras públicas nos encontramos de nuevo frente a frente con la frontera. La política de los Estados Unidos en lo referente a sus tierras presenta un agudo contraste con el sistema europeo de administración científica. Fueron inútiles los esfuerzos para hacer de esas tierras una fuente de ingresos y para negárselas a los emigrantes con objeto de hacer más compacta la colonización. Los celos y los temores del este resultaron imponentes frente a las demandas de los hombres de la frontera. John Quincy Adams se vio obligado a confesar: “Ha fracasado mi sistema de administración que consistía en hacer del patrimonio nacional un fondo inagotable para una mejora interna progresiva e incesante”. La razón es obvia: no era un sistema de administración lo que precisaba el Oeste sino tierras. Adams exponía la situación del modo siguiente: “Los esclavistas del Sur han comprado la cooperación del Oeste sobornándole con tierras, abandonando a los nuevos Estados occidentales su parte en la propiedad pública y ayudándoles en su designio de apoderarse de todas esas tierras. Thomas Benton era el autor del proyecto que aspiraba a sustituir el sistema americano de Mr. Clay y a suplantarlo a éste cojo estadista preeminente del Oeste. Mr. Clay, por su compromiso de tarifas con Mr. Calhoun, abandonó su sistema americano. Al mismo tiempo presentó un plan para distribuir entre todos los Estados de la Unión los ingresos procedentes de la venta de las tierras públicas. El proyecto de ley fue aprobado por ambas Cámaras, pero mereció el veto del presidente Jackson, quien en su mensaje anual de diciembre de 1832 recomendó formalmente que todas las tierras públicas fueran entregadas gratuitamente a los aventureros individuales y a los Estados en donde estaban situadas tales tierras”.⁴³

“Ningún asunto —dijo Henry Clay—presentando a este Congreso y quizá cualquiera de los antecesores, tiene tanta magnitud como el de las tierras públicas”. Si consideramos los efectos a largo plazo de la política gubernamental de reparto de tierras sobre los aspectos políticos, económicos y sociales de la vida americana, estamos dispuestos a mostrarnos de acuerdo con él. Pero esa legislación fue estructurada bajo el influjo de la frontera y bajo la dirección de estadistas del Oeste como Benton y Jackson. El senador Scott, de Indiana, dijo en 1841: “Considero que la ley que reconoce el derecho de prioridad no hace sino consagrar la costumbre o derecho común de los colonos.”

No es aventurado decir que la legislación referente a la tierra, a las tarifas y a las mejoras internas —el sistema americano del nacionalizador partido Whig— estaba condicionada por las ideas y necesidades de la frontera. Pero no era solamente en la acción legislativa donde la frontera laboraba contra el regionalismo de la costa. Las características sociales y económicas de la frontera iban contra el regionalismo. El hombre de la frontera presentaba semejanza más estrecha con la región del Centro que con cualquiera de las costeras. Pennsylvania había sido el vivero de la emigración fronteriza, y aunque había llevado a sus colonos a lo largo del Great Valley hasta el oeste de Virginia y las Carolinas, la sociedad industrial de esos hombres de la frontera meridional se parecía siempre más a la de la región central que a la de la zona marítima del Sur, que después extendió su tipo industrial por todo el Sur.

La región central —*the Middle Region*—, a la que se entraba por el puerto de Nueva York, era una puerta abierta para toda Europa. La zona marítima del Sur estaba habitada por típicos ingleses, modificados por un clima cálido y por la mano de obra servil, y que vivían al modo de los antiguos barones en grandes plantaciones; Nueva Inglaterra fue la sede de un movimiento inglés especial: el puritanismo. La región central era menos inglesa que las demás. Contenía una amplia mezcla de nacionalidades, una sociedad muy diversificada, su sistema de gobierno local participaba del carácter urbano y campesino y su vida económica era muy variada, así como las sectas religiosas. En resumen, era una región intermedia entre Nueva Inglaterra y el Sur, entre el Este y el Oeste. Representaba esa nacionalidad compuesta que presentaban los Estados Unidos contemporáneos, esa yuxtaposición de grupos no ingleses que ocupaban un valle o una pequeña zona colonizada y que en su variedad presentaban reflejos del mapa de Europa. Era democrática y sin particularismos, sino nacional; “complaciente, tolerante, y satisfecha”; arraigada fuertemente en la prosperidad material. Era algo típico de los modernos Estados Unidos. Era muy poco regionalista, no solamente porque no tenía barreras que excluyesen sus fronteras de su región colonizada, y con un sistema de enlaces fluviales, la región central unía al Este con el Oeste, así como al Norte con el Sur. Así llegó a ser una región típicamente americana. Incluso el natural de nueva Inglaterra, que estaba separado de la frontera por la región central, al detenerse en Nueva York o en Pennsylvania en su camino hacia el Oeste, perdía mucha de la agudeza de su regionalismo.⁴⁴

La difusión del cultivo del algodón en el interior del Sur terminó por romper el contraste que existía entre la región costera y el resto del Estado, basando los intereses meridionales en la esclavitud. Antes de que el proceso revelase sus resultados, la parte occidental del Sur, que era aún de Pennsylvania en estirpe, sociedad e industria, mostró tendencias a rebelarse contra la fe de los padres cambiando la

legislación interna y acentuando el nacionalismo. En la Convención de Virginia de 1829-30, convocada para revisar la constitución, Mr. Leigh, representante de Chesterfield, uno de los condados costeros, declaró:

“Una de las causas principales de descontento que han conducido a la celebración de esta Convención, la que ha tenido influencia más fuerte para destruir nuestra veneración por la obra de nuestros padres y la que nos ha enseñado a despreciar las ideas de Henry y Mason y de Pendleton haciéndonos perder el respeto por las autoridades constituidas del Estado, ha sido la pasión presuntuosa de llevar a cabo mejoras internas. Y digo esto con perfecto conocimiento de causa, porque lo han reconocido ante mí una y otra vez los hombres del Oeste. Y permítaseme que diga al representante de Albemarle (Mr. Gordon) que otro objetivo principal de los que ponen en marcha la bola de la revolución ha sido el verdadero pilar, y quitar la barrera que ha a interpuesto a la interferencia del Gobierno Federal en esa misma obra de mejora interna, reorganizando la legislatura de forma que también Virginia pueda ser uncida al carro federal.”

Esa tendencia nacionalista fue la que transformó la democracia de Jefferson en el republicanismo nacional de Monroe y en la democracia de Andrew Jackson. El Oeste de la guerra de 1812, el Oeste de Clay, de Benton, de Harrison y de Andrew Jackson, separado por los Estados centrales y por las montañas de las regiones costeras sentía una simpatía muy peculiar por las tendencias nacionales.⁴⁵ Sobre la corriente del Padre de las Aguas, el Norte y el Sur se encontraron y se mezclaron en una nación. La emigración interestatal proseguía continuamente y era un proceso de fertilización entrecruzada de ideas y de instituciones. La fiera lucha entre regiones en la frontera occidental por la cuestión de la esclavitud no disminuye la verdad de esa afirmación, sino que la prueba. La esclavitud era un rasgo regional que no quería desaparecer, pero en el Oeste no pudo seguir siendo regional. El más grande de los hombres de la frontera declaró: “Creo que este Gobierno no puede permanecer indefinidamente siendo medio esclavista y medio abolicionista. Habrá de decidirse del todo por una cosa o por la otra”. Nada trabaja tanto a favor del nacionalismo como las relaciones dentro de la nación. La movilidad de la población lleva consigo la muerte del localismo, y la frontera occidental influía irresistiblemente sobre la población no asentada. El efecto repercutió desde la frontera y afectó profundamente a la costa del Atlántico e incluso al Viejo Mundo.

Pero el efecto más importante de la frontera ha sido haber fomentado la democracia aquí y en Europa. Como ya se ha indicado, la frontera produce individualismo. La sociedad compleja se ve

precipitada por el aislamiento en una especie de organización primitiva basada en la familia. La tendencia es antisocial. Produce una antipatía contra toda forma de control en especial si es directo. El recaudador de contribuciones es considerado como un representante de la opresión. El profesor Osgood, en un documentado artículo,⁴⁶ ha indicado que las condiciones de frontera que imperaban en las colonias son factores importantes para la explicación de la revolución americana, en la que la libertad individual se confundió algunas veces con la ausencia de todo gobierno efectivo. Las mismas condiciones ayudan a explicar la dificultad de instituir un Gobierno fuerte en el periodo de la confederación. El individualismo de la frontera ha fomentado la democracia desde el principio.

Los Estados fronterizos que entraron en la Unión en el primer cuarto de siglo de su existencia trajeron con ellos el sufragio democrático y produjeron efectos reactivos de la mayor importancia sobre los Estados más antiguos que les enviaban su población. Llegó a ser esencial una ampliación de la franquicia. Fue Nueva York *occidental* el que forzó una extensión del sufragio en la convención constitucional de aquel Estado en 1821; y fue Virginia *occidental* la que obligó a la región marítima a incluir disposiciones más liberales sobre el sufragio en la constitución elaborada en 1830 y a dar a la región fronteriza una representación mas proporcionada con respecto a la aristocracia de la costa. La ascensión de la democracia como fuerza efectiva de la nación se produjo con la preponderancia occidental bajo Jackson y William Henry Harrison, y representó el triunfo de la frontera con todos sus elementos, tanto buenos como malos.⁴⁷ Un ejemplo interesante del tono de la democracia fronteriza en 1830 nos lo proporcionan los debates de la Convención de Virginia a que ya nos hemos referido. Un representante de Virginia occidental declaró:

“Pero, señor, no es el aumento de población en el Oeste lo que debe temer este caballero. Es la energía que la brisa de la montaña y las costumbres del Oeste imparten a esos emigrantes. Se regeneran, quiero decir desde el punto de vista político, señor. Pronto se convierten en políticos activos y la diferencia que existe, señor, entre un político que habla y un político que actúa es inmensa. El antiguo dominio de la Corona ha sido celebrado durante mucho tiempo, por haber producido grandes creadores, los metafísicos de la política, más hábiles, hombres capaces de cortar un cabello en todas las abstrusas cuestiones de economía política. Pero en casa, o cuando vuelven del Congreso, tienen negros que les abanicen mientras duermen. Pero un estadista de Pennsylvania, de Nueva York, de Ohio o de Virginia occidental, aunque es muy inferior en lógica, metafísica y retórica con respecto a un viejo estadista virginiano, cuenta con la ventaja de que cuando vuelve a casa se quita la chaqueta y se pone a labrar la

tierra. Ello le da nervio y músculos, señor, y hace que sus principios republicanos se conserven puros y sin contaminar”.

Mientras existe tierra libre, existe también la oportunidad de competencia, y el poder económico asegura el poder político. Pero la democracia nacida en una tierra libre, en donde se manifiestan fuertemente el individualismo y el interés personal y que se muestra intolerante ante la educación y la experiencia administrativa, y que impulsa la libertad individual más allá de los debidos límites en América ha permitido una cierta laxitud en lo referente a los asuntos de gobierno, que ha hecho posible el *spoils system*^(*), y todos los daños manifiestos que se derivan de la falta de un espíritu cívico altamente desarrollado. A este respecto se puede observar también la influencia de las condiciones fronterizas al permitirse una relajación en el honor de los negocios, la inflación de papel moneda y las especulaciones bancarias descabelladas. La frontera colonial y revolucionaria fue la región de donde emanaron las peores formas de circulación fiduciaria.⁴⁸

En la guerra de 1812, el Oeste repitió el fenómeno en la frontera de aquel tiempo, en tanto que la especulación y las operaciones bancarias aventuradas del periodo de la crisis de 1837 se produjeron en el nuevo cinturón fronterizo de la serie de Estados siguiente. Así pues, cada uno de los periodos de relajación financiera inciden con aquellos en que había surgido una nueva serie de comunidades fronterizas y en su mayor parte coincide en el terreno con esas fronteras sucesivas. La reciente agitación populista es un ejemplo evidente de ese fenómeno. Muchos Estados que ahora declaran no tener conexión alguna con el credo de los populistas, se adhirieron a tales ideas en una fase anterior de su desarrollo como Estados. No cabe esperar que una sociedad primitiva demuestre la misma inteligente apreciación de la complejidad de sus intereses que una sociedad desarrollada. La continua repetición de esas zonas de perturbación en la circulación del papel moneda es otra evidencia de que la frontera puede ser aislada y estudiada como factor de la mayor importancia en la historia americana.⁴⁹

El Este ha temido siempre el resultado de un avance no regulado de la frontera y ha intentado frenarlo y guiarlo. Las autoridades inglesas hubieran detenido el avance en las fuentes de los ríos tributarios del Atlántico dejando a los “salvajes disfrutar en paz de sus desiertos con el objeto de que no disminuyera el comercio de pieles”. Esto provocó la espléndida protesta de Burke:

“Si suspendéis las concesiones, ¿cuáles serán las consecuencia? La gente ocupará las tierras ilegalmente. Ya lo ha hecho así en muchos sitios. No podéis mantener guarniciones en todos los puntos de

(*) “Sistema de reparto del botín”, consistente en premiar con cargos públicos los servicios prestados al partido político victorioso en las elecciones. (Nota del Traductor).

esos desiertos. Si echáis a la gente de un sitio, recogerá su cosecha anual y se irá a otra parte con sus ganados y rebaños. Muchos de los antiguos colonos sienten ya poco apego por los lugares en que se hallan. Algunos han coronado ya los Montes Apalaches. Desde allí pueden ver ante ellos una inmensa llanura, una pradera vasta y rica, una extensión de quinientas millas cuadradas sobre la que correrán sin que nadie pueda impedirselo; cambiarán sus maneras y hábitos de vida; pronto olvidarán a un Gobierno que reniega de ellos, se convertirían en hordas de tártaros ingleses y lanzando sobre vuestras fronteras no fortificadas una caballería fiera e irresistible se convertirían en amos de vuestros gobernadores, de vuestros consejeros, de vuestros recaudadores de impuestos y de vuestros inspectores, así como de todos los esclavos que se unieran a ellos. Tal sería el efecto, y a breve plazo, de intentar prohibir como un crimen y suprimir como un mal el mandato y la bendición de la Divina Providencia “creced y multiplicaos”. Tal sería el desgraciado resultado del intento de conservar como madriguera de bestias salvajes esa tierra que Dios, con un título expreso, ha dado a los hijos de los hombres.”

Pero no era solo el Gobierno inglés el que deseaba limitar el avance de la frontera y guiar su destino. La Virginia costera ⁵⁰ y Carolina del Sur ⁵¹ manipularon esas colonias de modo que quedara asegurado el dominio de la costa en sus legislaturas. Washington deseaba colonizar en el Noroeste a un Estado tras otro, en una especie de turno; Jefferson quería dejar sin colonizar el territorio de su adquisición de Luisiana al Norte del paralelo 32 para ofrecerlo a los indios a cambio de las zonas por ellos ocupadas al Este del Mississippi. “Cuando hayamos completado la colonización de esa parte –escribía— podremos alinear una cadena de Estados en la orilla occidental desde las fuentes a la desembocadura, y así, faja tras faja, avanzar de una manera compacta conforme nos vamos multiplicando.” Madison llegó al extremo de decir al ministro de Francia que los Estados Unidos no tenían interés alguno en ver que su población se extendiera por la orilla derecha del Mississippi, sino que más bien temían tal hecho. Cuando se debatió la cuestión de Oregon, en 1824, Smyth, representante de Virginia, quería trazar una línea invariable como límite de los Estados Unidos en el borde exterior de dos series de Estados situados más allá del Mississippi y se quejaba de que los Estados marítimos se veían privados de lo mejor de su población ante el ofrecimiento de demasiadas tierras nuevas. Incluso Thomas Benton, el hombre de puntos de vista más amplios acerca del destino del Oeste, declaró en aquella fase de su carrera que “los límites occidentales de la República debían ir a lo largo de la divisoria de las Montañas Rocosas y que en el picacho más alto debería erigirse una estatua al fabuloso dios Término, que nunca habría de ser derribada”.⁵² Pero resultaron vanos los intentos de limitar los confines, de restringir las ventas de tierras y la colonización y de privar al Oeste de su participación política. De una manera continua, la frontera de la colonización fue

avanzando llevando con ella individualismo, democracia y nacionalismo, afectando poderosamente al Este y al Viejo Mundo.

Los esfuerzos más eficaces del Este para regular la frontera tuvieron lugar por medio de su actividad educativa y religiosa, ejercida por la emigración interestatal y por sociedades organizadas. El doctor Lyman Beecher declaró en 1835: “Es indudable que el destino religioso y político de nuestra nación debe ser decidido en el Oeste”, e indicaba que la población del Oeste “esta compuesta por gentes de todos los Estados de la Unión y de todas las naciones de Europa, y crece como las aguas de una inundación, exigiendo para su conservación moral la acción universal e inmediata de las instituciones que disciplinan la mente y dan armas a la conciencia y al corazón. Son tan variados los hábitos y las opiniones, tan dispersos los establecimientos del Oeste y tan reciente e imperfecto el conocimiento que de ellos se tiene, que no puede formarse un sentimiento público homogéneo para dar el ser inmediatamente a unas leyes que creen las instituciones necesarias. Y sin embargo, hacen falta de una manera inmediata en su expresión más potente y perfecta. Una nación “nace en un día”... Pero ¿qué será del Oeste si su prosperidad alcanza tal majestad de poder en tanto que tardan en afirmarse esas grandes instituciones que son necesarias para formar la mente, la conciencia y el corazón de aquel vasto mundo? Es algo que no debe ser permitido... Que ningún hombre del Este se tranquilice a sí mismo y sueñe con que podrá conservar su libertad, independientemente de lo que ocurra en el Oeste... El destino del Oeste es nuestro destino”.⁵³

Beecher, además de hacer ese llamamiento a la conciencia de Nueva Inglaterra formula otro a sus correligionarios ante el temor de que otras religiones puedan aventajar a la suya. El pastor protestante y el maestro de escuela de Nueva Inglaterra dejaron su huella en el Oeste. Al temor de que el Oeste se emancipara del control político y económico de Nueva Inglaterra se añadía el no menos vivo de que pudiera aflojar los lazos religiosos. Al comentar en 1850 las noticias sobre la rápida extensión hacia el Norte de la colonización en Wisconsin, el editor del *Home Missionary* escribía: “No sabemos si hemos de regocijarnos o entristeceros ante la extensión de nuestra colonización. Al mismo tiempo que simpatizamos con todo aquello que contribuye a aumentar los recursos físicos y la propiedad de nuestro país, no podemos olvidar que con toda esa dispersión por rincones cada vez más remotos de la tierra, la posibilidad de disponer de medios para aumentar la gracia divina se hace cada vez menor”. Obrando en consonancia con tales ideas, se establecieron en el Oeste misiones y escuelas. Del mismo modo que las ciudades costeras como Filadelfia, Nueva York y Baltimore luchaban por ganar la supremacía en el comercio con el Oeste, así también las diversas sectas religiosas se esforzaban en posesionarse de aquellas regiones. Con

ello, el Oeste fue fertilizado por una corriente intelectual procedente de fuentes de Nueva Inglaterra. Otras regiones enviaron también sus misioneros; pero la verdadera lucha se dio entre las sectas. La disputa por el poder y la tendencia expansiva proporcionada a las diversas sectas por la existencia de una frontera movable debe haber tenido importantes resultados sobre el carácter de la organización religiosa en los Estados Unidos. La multiplicación de iglesias rivales en las pequeñas poblaciones fronterizas tuvo unos efectos sociales profundos y duraderos. Los aspectos religiosos de la frontera constituyen un capítulo de nuestra historia que debe ser estudiado.

Las condiciones de la vida de frontera dieron lugar a rasgos intelectuales de profunda importancia. Las obras de los viajeros que recorrieron las diversas fronteras desde los días coloniales describen ciertos rasgos comunes que, a pesar de haberse desvanecido en parte, sobreviven en su lugar de origen aun cuando se haya producido en él una organización social más elevada. El resultado es que el intelecto americano debe a la frontera sus notables características. Esa rudeza y fortaleza combinada con la agudeza y la curiosidad, esa disposición mental practica e inventiva, y rapida en hallar expedientes; esa magistral captación de las cosas materiales, privada de sentido artístico pero poderosamente eficaz para conseguir grandes fines; esa incansable y nerviosa energía ⁵⁴; ese dominante individualismo que labora para el bien y para el mal, y al mismo tiempo esa alegría vivaracha y esa exuberancia que acompaña la libertad, esos son los rasgos de la frontera o aquellos producidos en otros sitios como consecuencia de la existencia de la frontera. Desde los días en que la flota de Colón surcó las aguas del Nuevo Mundo, América ha venido a significar lo mismo que oportunidad, y el pueblo de los Estados Unidos ha adquirido su tono de la incesante expansión no sólo abierta ante él, sino impuesta en muchas ocasiones. Sería un mal profeta quien afirmase que ya ha cesado enteramente el carácter expansivo de la vida americana. El movimiento ha sido su factor dominante, y a no ser que ese entrenamiento no tenga efecto alguno sobre un pueblo, la energía americana seguirá exigiendo constantemente un campo más amplio para su ejercicio. Pero nunca volverán a presentarse esos dones de tierras libres. Por un momento, en la frontera se rompen los vínculos consuetudinarios y triunfa la libertad desenfrenada. No hay tabula rasa. El inflexible medio ambiente americano esta allí, con sus imperiosas incitaciones a que sean aceptadas sus condiciones; también están allí los hábitos heredados en cuanto a la forma de hacer las cosas; y, sin embargo, a pesar del medio ambiente, a pesar de la costumbre, cada frontera proporcionó ciertamente un nuevo campo de oportunidad, una puerta de escape de la esclavitud del pasado; y la frontera se ha visto acompañada por una frescura, una confianza y un desprecio por la vieja sociedad, junto con una impaciencia por librarse de sus imposiciones e ideas y una indiferencia ante sus enseñanzas. Lo que el mar Mediterráneo fue para los

griegos, rompiendo lazos de costumbre, ofreciendo nuevas experiencias, dando lugar a nuevas instituciones y actividades, eso fue la siempre movible frontera para los Estados Unidos en mayor medida y de una manera directa, y remotamente para las naciones de Europa. Y ahora, cuatro siglos después del descubrimiento de América, al cabo de cien años de vida constitucional, la frontera ha desaparecido y con su desaparición se ha cerrado el primer periodo de la historia americana.

1
2
3
4
5
6
7
8
9
10
11
12
13
14
15
16
17
18
19
20
21
22
23
24
25
26
27
28
29
30
31
32
33
34
35
36
37
38

Salteado en el original

39
40
41
42
43
44
45
46
47
48
49
50
51
52
53
54